

LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA.

DIARIO LIBERAL DE LA TARDE.

Año IV. — Núm. 859.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
CALLE DEL BARCO, NÚM. 9 PRIMERO, PRINCIPAL.

FUNDADOR:
DON MANUEL HENAO Y MUÑOZ.

Madrid... Un mes... 2,50
Tres meses... 8
Sexto mes... 15
Año... 30
Provincias... 15
Porción... 15
Ultramar y extranjero... 50
El pago adelantado en letras de fidej. el cobro, libranzas o sellos de correo

Sábado 6 de Enero de 1872.

SECCION POLITICA.

AL PAÍS.

No podemos leer los periódicos radicales sin que un sentimiento de profundo pesar nos recuerde lo que fué siempre el verdadero partido progresista y lo que sufrieron siempre los liberales por los que no tienen más liberalismo que el de la gritería.

Conteniéndonos en los límites del decoro y de la conveniencia de la patria, no devolveremos a nuestros enemigos de hoy, amigos y hermanos de ayer, los denuestos, las injurias y las calumnias que sobre los hombres de la situación arrojan sin fundamento; pero aunque comedidos seamos, no nos es posible dejar de sostener la pureza de nuestras intenciones, el fin noble y levantado de los ministros, a quienes prestamos el concurso de nuestra leal defensa, y lo que, de continuar así, ha de suceder, en daño de la causa liberal, de los intereses de la dinastía y del esplendor del trono.

No hay para qué recordar lo que era España en setiembre de 1868. Desde que en Cádiz se levantó la bandera de España con honra, tuvo el partido progresista como punto objetivo de la revolución la monarquía constitucional, y unas veces luchando con los elementos reaccionarios, y combatiendo otras a los demagogos, llegó a constituir el país, sancionando una Constitución que tiene esencialmente encarnados los principios democráticos, que son históricos en la antigua monarquía española, pero que al mismo tiempo contiene la forma y las condiciones monárquicas que la mayoría de los españoles consagraron a la transacción de los dos elementos sociales: la aristocracia y la democracia.

En la discusión de la ley fundamental y en la de las leyes orgánicas que complementan la obra revolucionaria, nuestros hombres no han dado motivo alguno que les haga sospechosos al más susceptible de los liberales, por que siendo, como son, los que más han padecido en las épocas reaccionarias, no es posible que, por quien nació a la vida pública en la época actual, se vaya más allá en el amor y respeto a las conquistas de la revolución.

Pero el partido progresista está obligado a fundar gobierno, está obligado a mantener las prácticas constitucionales con toda la seriedad que merecen los pueblos, empezando por las prerogativas de la Corona, hasta los últimos límites de la acción del poder ejecutivo, y con esa ineludible obligación, y con ese encargo sagrado que recibió de los pueblos al jurar sus leyes, nuestros amigos no pueden ni deben permitir que se tomen a juego los intereses del Estado, como se toman y se sostienen por los titulados radicales.

Un partido que tiene su historia dentro de la monarquía, que como partido monárquico viene defendiendo esa institución; un partido que con las leyes más liberales se propone mejorar el estado social, sin destruir las bases sobre que descansa la moral, la propiedad y la familia; un partido, en fin, que tiene por lema de su bandera el progreso, que ni admite las

vacilaciones de la reacción ni los saltos mortales de la demagogia, no ha venido a la revolución para ser absorbido por las fracciones radical ni democrática, ni mucho menos a servir de juguete a las calaveradas ni a las intrigas de quienes carecen de condiciones de mando y hasta de patriotismo.

A esta resistencia justa, legítima, de alta conveniencia social, de verdadero interés para los pueblos y para la libertad, se debe la lucha a que se nos obligó y se nos viene obligando. Si alguna vez nuestro lenguaje no responde a las condiciones de carácter que nos distinguen, culpa es de la virulencia que los periódicos radicales emplean en sus ataques a nuestros amigos; si faltamos al propósito de ser comedidos y tolerantes, culpa es de quien, tratándonos como enemigos, levanta contra nosotros las más absurdas acusaciones.

Hemos sido, somos y seremos muy liberales. Hemos sido, somos y seremos defensores de las libertades consignadas en la Constitución; pero aconsejaremos a nuestros amigos que no corran tras de teorías irrealizables que pugnan contra el buen sentido y contra la libertad, porque no queremos que las locuras y las imprudencias de la gente populachera hagan recaer contra la libertad la deshonra de la licencia, que termina en la anarquía o el despotismo, igualmente funestos para los pueblos.

Empeñados nuestros enemigos en hacer ostentación de mayor suma de liberalismo, han dado en apellidar reaccionarios a los hombres que nos dieron patria y libertad, sin comprender que una vez en esa corriente no les será dado permanecer en ella ni un solo instante después de su triunfo, ya fuesen llamados al poder por el jefe del Estado, ó ya investidos de la presidencia de una república constituida por la fuerza de las armas. Si tal sucediera, que no es de esperar, ellos serían los primeros reaccionarios a la vista de sus parciales, porque ellos en primer término, y para hacer gobierno, habrían de resistir las exigencias siempre crecientes de la demagogía.

El Gabinete constituido por el Sr. Sagasta está resuelto a sostener el imperio de las leyes la fuerza y el prestigio de la autoridad y las prerogativas del trono, único modo de garantizar los derechos y las libertades individuales, que no existen allí donde carece de fuerza moral el Gobierno, donde no se respeta el principio de autoridad, donde la institución monárquica se halla barrenada por la lima sorda de la calumnia.

Esto es lo que no puede ni debe consentir el Gobierno, esto es lo que condenamos en nuestros escritos y lo que exponemos a la consideración del país para que haga justicia imparcial y severa a todos.

CUESTION CANÓNICA A LO MODERADO.

A *El Tiempo* le escuce sobremanera que le hayamos dicho *hablaba de lo que no entendía y no sabía lo que traía entre manos*, cuando en la cuestión de regalías dijo que como este Gobierno actual no era la continuación del pasado, no podía usar de las regalías; y es tanto lo que ha mortificado su amor propio, que nos endereza unos cuantos párrafos de ciencia canónica a son gré.

Nos dice que la ciencia progresista tiene cada día un color, sin comprender nuestro colega que la ciencia es siempre progresiva, y si llega a hacerse estacionaria sucede lo que al doctrinarismo, que se encierra en su escuela utilitaria, sin tener más Dios que el becerro de oro, ni más ley que el derecho propio. Afortunadamente los heraldos de esta doctrina, como *El Tiempo*, son ya hoy *vox clamantis in deserto*.

¿Cómo no hemos de decir a *El Tiempo* que no sabe lo que trae entre manos cuando vuelve otra vez a decirnos que no publicamos el breve pontificio? Lea *El Tiempo* y verá si está publicándolo, y en qué fecha y por quién se publicó. Lea nuestro colega, volvemos a decirle, y verá que en Abril de 1869, época revolucionaria, y que era Gobierno el general Prim, dió Su Santidad todas las facultades espirituales al Vicario nombrado ó que se nombrare en los siete años de próroga.

Este es el documento único que necesita el rey de España para nombrar un Vicario general y deponer al que no reconoce ni jura las leyes fundamentales del país; y cuenta que el rescripto pontificio a que nos referimos no es de aquellos que el derecho canónico (*progrestita*) conoce con el nombre de *per inde etiam valere*, porque no es nueva gracia opostólica, sino la continuación de las concedidas a los reyes de España, y por cierto que no presentará *El Tiempo* la revocación de ellas en el año que lleva de reinado Amadeo I, tan rey católico como sus antepasados.

La casa de Saboya sabe *El Tiempo* que por nuestras leyes y el auto acordado a Felipe V es llamada también a la Corona de España: empeño no siendo nuestra doctrina la de los llamamientos ni legitimidad (como la entiende *El Tiempo*), creemos que el ilustre vástago de la casa de Saboya que hoy reina en España tiene la legitimidad del derecho, que es la voluntad nacional; tiene el dictado de católico, no solo como príncipe católico, sino como rey de una nación católica, por más que la Constitución consigne sea libre el ejercicio de otros cultos, del mismo modo que hoy existe en todos los pueblos civilizados. Hay una gran diferencia entre protestar la unidad católica, a no ser exclusivistas é intolerantes.

Muy mal entiende *El Tiempo* la unidad católica, cuando dice que por la Constitución se ha roto en España, y, por tanto, Amadeo I no es rey católico. La unidad de la fe se rompe, cuando un pueblo protesta contra la fe de la Iglesia y contra su cabeza, que es el Romano Pontífice, centro de la unidad, como se rompió por el protestantismo en Inglaterra, por el cisma en Rusia, etc. La Constitución española de 1869 ni es herética, ni es cismática. En ella se consigna la obligación de mantener el culto y los ministros de la religión católica, y el Papa mismo ha permitido la jure el clero español, porque en nada se opone a la unidad de la fe, a la unidad de los sacramentos que profesa la Iglesia, una, santa, católica apostólica romana.

Sentimos que *El Tiempo* incurra en las caritativas aberraciones de los neos, para quienes son herejes, cismáticos, masones, jansenistas, ateos y todo lo peor cuantos no sean carlistas intrasigentes, inquisitoriales y fraileiros.

También tenemos la desgracia que *El Tiempo* no nos haya comprendido cuando digimos que

son regalías inherentes a la Corona de España las concesiones pontificias, tanto para nombrar pro-capellan mayor como Vicario general castrense y otras personas eclesiásticas y aun legas que han de ejercer las jurisdicciones exentas.

Los breves que contienen estas concesiones son los que defendemos, como los defenderán cuantos buenos católicos estén interesados en mantener íntegra la plenitud de potestad de la Santa Sede, que a semejanza de Dios, no revoca sus gracias si la perversidad y el orgullo satánico no las rechazan.

Por esto mismo siguen y seguirán los privilegios de esta índole en favor de los fieles católicos españoles, ora sean militares, ora de la casa real, ó ya pertenezcan a las demás iglesias exentas; y esté bien tranquilo *El Tiempo*, que mientras el Sumo Pontífice no mande una bula para que estas feligresías exentas vayan a la jurisdicción ordinaria de los obispos, continuarán, como hasta hoy, bajo la prerogativa del rey de España.

Nada queremos contestar más a *El Tiempo*, porque es tiempo perdido cuando esta cuestión y todas sus incidencias han sido objeto del concienzudo dictamen de los magistrados del primer Cuerpo consultivo de la nación, y las decisiones dadas por S. M. hasta el día son bien conocidas; cuando todos sabemos que el rey tiene nombrado un pro-capellan para Palacio y un Vicario general para el ejército y armada española.

Se da como seguro que el ilustre retirado de Logroño declina la honra que S. M. el rey le ha hecho confiriéndole el título de príncipe de Vergara.

Por más que esto se tenga por seguro, nosotros no podemos creer que la renuncia sea definitiva.

El hombre que dió la paz a España el memorable 30 de agosto de 1839, el que en los campos de batalla y durante su regencia trabajó por asegurar en el país la libertad y la monarquía, no puede mirar con indiferencia un acto de aprecio y de alta estimación del rey liberal y digno que las Cortes Constituyentes eligieron para consolidar las conquistas revolucionarias. Lo que comprendemos y tenemos por seguro es que en la natural modestia del ilustre vencedor de Luchana, que en el acendrado patriotismo del que todo lo ha sacrificado por el pueblo, la primera impresión producida por el despacho real le haya arrancado una excusa, una expresión de agradecimiento, capaz de tenerse y considerarse como una renuncia formal; pero abrigamos la esperanza de que no insistirá en ella cuando piense y medite sobre la gracia real, que no es más que una pequeña muestra del cariñoso afecto que el rey le profesa, un signo de gratitud nacional, tan merecida por el primer ciudadano español.

La Historia escribirá los hechos del general Espartero con letras de oro, y el título de príncipe de Vergara se conservará como una distinción que el augusto monarca le otorga, rindiendo culto a la voluntad del pueblo y a las virtudes del Cincinato español.

Dice La Correspondencia:

«Desde ayer están llegando a Madrid multitud de exposiciones de los comités, tertulias, casinos liberales de España y de muchos particulares felicitando al rey y al Gobierno por haber elevado a la dignidad de príncipe al invicto duque de la Victoria.»

Varios de los periódicos que hemos recibido por el correo de hoy insertan los telégramas

dirigidos al Gobierno y al duque de la Victoria con este motivo.

Los radicales, ciegos de ira, se olvidan completamente de la historia, de su conducta, y hasta de su propia conveniencia.

Cuando cayó el ministerio del Sr. Ruiz Zorrilla, porque quiso caer, porque no convenía ni a su dignidad ni a su decoro político permanecer en su puesto, por lo mismo que no había cumplido su palabra de presentar los presupuestos nivelados, entonces se hizo una manifestación por esos radicales, y en una de las banderas que llevaban se leía: *Disolución de Cortes*, lema que en aquella época era un verdadero atentado a la Constitución y a la prerogativa regia. Hoy, que para sus fines particulares, no para el bien de la patria, conviene a sus planes aviesos tener abiertas las Cortes, claman por que el Congreso reanude sus tareas para producir escándolos.

Esta es la verdad, y verdad que no pueden oscurecer los radicales con sus cábales; antes por el contrario, la patentizan más con su desatentada conducta y con sus peticiones del poder a toda costa.

Pasado mañana abordaremos esta cuestión, para que el país sapa quiénes son los que atentan contra su ventura, esterilizando los más patrióticos deseos de los que siempre quisieron el bien de la patria.

El arreglo de gobernadores lo hará el señor Sagasta, que hoy se ocupa de la elección de personas, para dotar las provincias con un personal digno y entendido.

El Sr. Sagasta quiere que la administración se levante, que se lleve a los pueblos el influjo de la descentralización liberal, y no se detendrá ante ningún obstáculo que se le oponga por intereses y pasiones de personalidades aviesas.

Cuando el Sr. Sagasta tenga formada opinión sobre las personas que pueden aspirar a esos importantes cargos, presentará el arreglo en Consejo de ministros, y tenemos la seguridad de que serán aceptados los gobernadores que proponga, porque todos han de remitir las circunstancias más recomendables.

Los periódicos radicales arrojan el guante al Gobierno y al país. No pueden decir más...

Dice La Tertulia:

«Hoy tenemos ese derecho y el ejercer sin contemplaciones, preparándonos a más decidido esfuerzo si continuas en vuestro propósito, en vuestro afán de explotar esos puestos que debéis a la casualidad y a la frescura que os caracteriza.»

Mientras tanto, viva alerta todo el mundo, no sea que al despertar de un tranquilo sueño, se encuentre con el dogal a la garganta, que es lo único que pueden proporcionarnos los hombres que hoy se empeñan en empujarnos y desprestigiarnos ante la Europa civilizada.»

Y añade La Nación:

«La nueva España, aleccionada con los escarceos y con las arteras maquinaciones de treinta años, no se dejará sorprender. Delito impardonable fuera tamaña inocencia.»

De esto a la insurrección no hay más que un paso. Hoy tenemos el perfecto derecho de hablar y de escribir. ¿No será bastante libertad esta para los címbrios?»

Y dice *Las Novedades*, aquel amigo de Montpensier, aquel periódico semi-unionista y semi-republicano:

«Basta ya de tolerancia y de consideraciones!»

El partido radical, el partido de la revolución, el partido más constitucional, el partido más identificado con la dinastía de Saboya, el partido que tiene más compromisos creados con la legalidad revolucionaria, no puede permitir tan indignas agresiones ni consentir tan vituperables amañes. Con una política de atentados y de violencias, no ha mucho tiempo que se arrastró al partido republicano a terreno de las luchas armadas. Con igual procedimiento

228

LA INTERNACIONAL

naciones donde a favor de la libertad los trabajadores han podido asociarse y mejorar su suerte, los trabajadores han abandonado los procedimientos violentos que antes empleaban: en Inglaterra dejaron de quemar las nuevas máquinas desde que tuvieron libertad para asociarse; la libertad es gran vólula de seguridad de todas las sociedades constituidas; el que ataca a la libertad en cualquier forma, es el que provoca las revoluciones violentas, es el verdadero responsable de los estragos que las ideas nuevas producen al implantarse; es el que convierte en torrentes devastadores los ríos apacibles y productores.

¿Qué han hecho los partidos políticos en semejante caso? ¿Qué ha hecho el partido progresista? Transigir con la dinastía, hasta que llegó un día en que vio que se le negaba todo, y entonces decir: puesto que se nos niega todo, negaremos nosotros a la dinastía: si la Reina hubiera seguido los consejos del Sr. Sagasta y de *La Iberia*, que decía que el partido progresista sembraría su camino de flores si era llamado al poder, quizás hoy continuaría en el trono la dinastía de los Borbones.

Convencido desde que tuve uso de razón de que el aislamiento es la muerte para el hombre, y de que las sociedades, como los individuos, se perfeccionan a medida que estrechan sus lazos formando mayor número de asociaciones de todo género para todas las cosas útiles y de conveniencia individual y común, dentro de estas grandes asociaciones que se llaman nacionalidades, he buscado en todas partes las teorías más aplicables hoy a la práctica del principio de asociación para las clases trabajadoras, que eran las únicas que hasta ahora no habían podido ni sabido formar asociaciones para sacar de sus propios recursos personales los beneficios que no pueden obtener de sus

Y LAS ÓRDENES MONÁSTICAS.

229

esfuerzos aislados. Por eso yo he procurado en todas partes implantar las asociaciones cooperativas; por eso he escrito en favor de la fundación de esas asociaciones, y a fé que en esas asociaciones, ni en ninguna de las doctrinas que yo he escrito, se predica la guerra al capital, ni se niega el capital; al contrario, como toda idea que se realiza en sociedad por medio de la asociación, que no encuentra resistencia ni dificultad en su establecimiento, que ha reconocido como un derecho y como una ventaja, esas sociedades, una vez consolidadas, se convierten en elementos conservadores, en el buen sentido de la palabra.

Y esto lo conocen los conservadores ilustrados en todas partes, llegando a ser un hecho general en toda Europa.

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Garrido, llamo a S. S. la atención sobre el tiempo que lleva rectificando.

El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Voy a concluir, señor Presidente.

Más de 300 asociaciones cooperativas se han creado en España desde antes de la revolución, a consecuencia de mi propaganda; y esto prueba que yo no soy el hombre que quiere encender la guerra de clases entre el trabajo y el capital. Yo sé muy bien, y lo practico como lo digo, que nunca una clase se emancipa por sí sola, y que todas las que se han elevado de una condición abyecta a otra mejor, lo han debido, no solo a sus propios esfuerzos, aunque estos son indispensables, sino a la ayuda de otras clases que se han puesto a su lado para ayudarles a tomar parte en el banquete de la vida social. Esta es la historia de la humanidad en todos tiempos. Y esto es lo que debéis hacer vosotros también, imitando a los hombres políticos de otros países.

Voy a concluir Sres. Diputados, con breves palabras, di-

232

LA INTERNACIONAL

tiano, como mi maestro Fourier; cristiano, como Considerant; que bien sabe S. S. de qué manera han explicado las doctrinas de la redención. He dicho.

El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Voy a decir solamente cuatro palabras: S. S. es tan fourierista como Fourier, puesto que profesa los principios sociales fundamentales de su doctrina.

El Sr. PRESIDENTE: Señor Garrido, eso no es rectificar. Sea lo que quiera el Sr. Moya, no tiene que ver nada S. S. con lo que el Sr. Moya sea.

El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Respecto a la segunda parte, solo debo decir una cosa, y es que a mí no me importa que S. S. se salve ó se condene: solo sé que Fourier y Considerant no han sido nunca cristianos.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Ministro de la Gobernación tiene la palabra.

Y LAS ÓRDENES MONÁSTICAS.

225

en presencia de la declaración de Roma, capital de Italia antipapista, de la Italia desposeedora del poder temporal del Papa. El manto de la Iglesia, bajo el que quiere S. S. que nos cobijemos, está desgarrado, y ya no puede cobijarse nadie, ni el que lo lleva sobre sus hombros.

En esa época de que antes hablaba, en 1855, cuando los clérigos salían a los campos, trabuco en mano, contra la ley de desamortización, me encontraba yo en Aragón, y me decían aquellos campesinos aragoneses y catalanes: ¿cómo quieren los clérigos que ahora vayamos con ellos, cuando antes estábamos con los carlistas y en defensa de la religión por creer que el Papa no reconocía la legitimidad de las ventas hechas en la otra época constitucional, y luego nos hemos encontrado arruinados cuando el Papa las ha reconocido? El Papa nos ha robado, me decían, porque si nosotros hubiéramos sabido que al fin había de venir a sancionar lo que entonces anatematizaba, en lugar de dejar comprar los bienes de la Iglesia a los intriganes de las ciudades, los hubiéramos comprado nosotros, que teníamos más derecho y más interés que ellos: si ahora los liberales ponen en venta la misma catedral, la compraremos, a pesar de las excomuniones del Papa, porque sabemos por experiencia que después sancionará los hechos consumados: y en efecto, en 1859 los sancionó. De manera que el mayor enemigo de la religión católica ha sido el Papa.

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Garrido, suplico a V. S. que se concrete a las rectificaciones y a las alusiones a que tenga que contestar.

El Sr. GARRIDO (D. Fernando): Me decía el Sr. Ministro de la Gobernación ayer que yo no conocía a «La Internacional». ¿Qué quiere S. S. que yo le diga? Puede S. S.

29

